

Dostoievski, un malentendido político

Arthur Moeller van den Bruck¹

En torno a Dostoievski se ha formado una leyenda. A su nombre se le asocia la idea del revolucionario, del nihilista literario, de un segundo Bakunin. ¿No está también él relacionado de alguna manera con el movimiento terrorista que desde mediados del siglo pasado estremece con atentados a la burguesía europea de Rusia? Han favorecido esta idea dos aspectos histórico-vitales: la participación del joven en la llamada conspiración de los *petrashevski* y sus varios años de destierro en la casa de la muerte siberiana. La escena en la plaza Semiónovskaia, que mostraba a veinte intelectuales petersburgueses, con los que Nicolás I jugó hasta su último momento para anunciarles finalmente el perdón, dejó en ellos una terrible impresión. De las memorias del preso siberiano de Dostoievski la capacidad imaginativa liberal ha querido ver posteriormente un flamante libro de indignación que el poeta habría querido «lanzar» contra el «sistema zarista»². Y si se añade que Dostoievski escribió *Crimen y castigo*, el libro del estudiante ruso incapaz de mantener separados el bien y el mal y que terminó de hecho en el crimen, tenemos los tres lugares biográficos y psicológicos a partir de los cuales se podría formar aquella idea del revolucionario y del nihilista.

Y, no obstante, lo contrario es lo correcto. Como político y casi como hombre de partido, Dostoievski fue un conservador, más aún, un reaccionario, pero no un revolucionario. Sólo hay que consultar su epistolario y sus escritos políticos para encontrar en cada página la prueba de que mantuvo una hostilidad despiadada, apremiante, ferozmente perseguidora contra el occidentalismo ruso liberal; que fue un paneslavista y un patriota como los líderes del partido eslavófilo con quienes formó coalición; que en vida fue un admirador de Aksákov, un partidario de Danilevski, un amigo de Pobedonóstsev, un colaborador del príncipe Mesherski y, en todo caso, un defensor de la fórmula de Uvárov «Autocracia, Ortodoxia y Nacionalidad»³. Esta fórmula

¹ La traducción se realiza a partir del texto publicado el 2 de julio de 1918 en la edición matutina del diario *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*, pág. 2.

² El autor se refiere a *Apuntes de la Casa muerta* (1860-1862).

³ Serguéi Semiónovich Uvárov (1786-1855), ministro de educación popular bajo Nicolás I. Se le considera el padre de la ideología zarista conservadora, tal y como lo expresó el 21 de marzo de 1833, cuando declaró

pasó de la época de Alejandro I a la de Nicolás I y, en los días de Alejandro II, en los que vivió el último Dostoievski, recibió su nuevo sentido popular como programa político, el cual no fue proclamado con más fervor e interpretado con más espíritu por nadie más que precisamente por Dostoievski.

Dostoievski también era un hombre con su contradicción. Sentía que la vida rusa era demasiado amplia y, por lo general, una vida tan llena de imprevisibilidades y de excesos que tenía la posibilidad de caída, de destrucción y de criminalidad en uno de sus extremos. Constató «la necesidad de negación del ruso»⁴. Reconoció: «El nihilismo ha aparecido entre nosotros porque todos nosotros somos nihilistas»⁵. A partir de esta constatación obtuvo un conocimiento exacto del estado de ánimo predominante de aquellos rusos que no se podían imaginar el futuro de su pueblo de otra manera que no fuera a través de un derrocamiento del Estado y de un aniquilamiento de todos los hábitos de vida y de opiniones rusas. Su misión implicaba entonces que una curiosidad subterránea y agonizante, que era como una maldición, como una pasión impuesta en él, le atrajese una y otra vez hacia estas personas para representarlas.

Aquí está el malentendido. Pues al mismo tiempo Dostoievski era el nacionalista que leyó el «Discurso sobre Pushkin» en el que anunciaba al hombre ruso afirmativo. ¿Podía aún salir de la destrucción la resurrección? Ésta era la cuestión de Raskólnikov que Dostoievski retomó como político. Y con un miedo terrible por Rusia se opuso a la revolución que veía venir. Contra ella escribió *Los demonios*, el apocalipsis del derribo, que precedió con la cita de Lucas: «Y entonces salieron los demonios de los hombres»⁶ y que se ha malinterpretado como una apoteosis del terror. Mas de *Los demonios* había sólo un paso hacia la última sabiduría política del Gran Inquisidor de *Los hermanos Karamázov* quien, en nombre de la conservación del Estado, validaba incluso un despotismo consciente y encontraba la felicidad del pueblo sólo en una seguridad que se había convertido en esclavitud: en la tiranía del Estado por el bien del pueblo débil.

que «nuestro deber común consiste en que la educación popular, de acuerdo con la más alta intención del Augusto Monarca, se lleve a cabo en un espíritu unido de Ortodoxia, Autocracia y Nacionalidad».

⁴ Véase *Diario de un escritor*, 1873, «Vlas» (PSS 21:35)

⁵ «*Todos nihilistas*. El nihilismo ha aparecido entre nosotros porque *todos* nosotros somos *nihilistas*. Sólo nos ha asustado la forma nueva, original de su aparición». Así reza un fragmento de las notas de 1880 para su número de *Diario de un escritor* de 1881 (PSS 27:54).

⁶ La cita con la que Dostoievski encabeza *Los demonios* procede del Evangelio según San Lucas, VIII:32-36.

En Siberia dijo Dostoievski: «Fue justa nuestra condena». Y añadió la importante frase: «Pues, de lo contrario, nos habría condenado el pueblo»⁷. Esta frase no contiene una confesión de culpa política, sino el germen espiritual de su gran doctrina final de expiación: «Todos somos culpables ante todos»⁸. En Siberia, Dostoievski entró en contacto con los que se habían hecho culpables ante la vida. Lanzó una mirada retrospectiva hacia San Petersburgo y vio a través de los que se habían hecho culpables ante el pueblo. En estos contextos espirituales, asumió entonces una culpa anímica con la que, según su convicción, cargaba todo aquel que, sin ser llamado, llegaba a tocar, aunque sólo fuera antes de tiempo, el fundamento del Estado y la estructura histórica en la que reposaba la vida del pueblo ruso como un contenido en su recipiente. Sólo estaba llamado a ello el que procedía del pueblo mismo. Dostoievski reconoció la arrogancia del intelectualismo. Reconoció que no se trataba de elevar al pueblo hacia sí, sino de inclinarse con humildad ante él. Vio al pueblo ruso en su pobreza y en su abandono, empeorado únicamente por el «progreso» que le había engañado. «¿Quién es mejor, nosotros o el pueblo?». Ésta era la cuestión y desde Siberia respondía: el pueblo. Por el bien del pueblo se mantuvo en lo último que este pueblo todavía poseía: «Así que el pueblo está en el fondo solo y sin consejero alguno; no tiene a nadie excepto a Dios y al Zar: con estas dos fuerzas morales se mantiene erguido»⁹. Los occidentalistas también hablaban de que querían ayudar al pueblo. No hablaban incluso de otra cosa. Y más tarde entre los socialistas se convirtió en una táctica especial el «ir al pueblo». Pero en última instancia todos querían sólo su Yo, su utopía, un frío *absolutum*, el imperio de sus teorías. Por el contrario, Dostoievski quería el No-Yo. Él quería Rusia. Él quería interiormente lo que ellos querían exteriormente. Y en la misma época en la que Nietzsche anunciaba el superhombre para salvarse de la democracia en Europa, Dostoievski en Rusia se acercó

⁷ Estas palabras se basan en un recuerdo del amigo de Dostoievski, Apollón N. Máikov, quien, el 14 de febrero de 1881, en una reunión de la Sociedad Benéfica Eslava en honor de Dostoievski, narró en un texto leído por O. Miller, cómo un amigo se le acercó a Dostoievski poco tiempo después de volver de Siberia y, cuando le espetó que su exilio había sido injusto, el novelista le cortó con un categórico «No», a lo que agregó: «No, fue justo. Habríamos sido condenados por el pueblo ruso. Esto lo sentí únicamente allí, en la *kátorga*». El texto se halla en *Полное собрание сочинений Ф. М. Достоевского. Том первый. Биография, письма и заметки из записной книжки. С портретом Ф. М. Достоевского и приложениями*. Типография А. С. Суворина, С. Петербург, 1883, pág. 57 (tercera paginación).

⁸ Ésta es la enseñanza fundamental del *stárez* Zosima en *Los hermanos Karamázov*.

⁹ «Y, lo más importante, el pueblo está sólo, sin consejeros. Él sólo tiene a Dios y al Zar: él se aferra a estas dos fuerzas y a estas dos grandes esperanzas». *Diario de un escritor*, 1881 (PSS 27:17-18)

al pueblo y enseñó a partir de él el *krestianin*¹⁰ ruso: lo enseñó contra la formación, contra los «ideales de buen corazón» de la Ilustración, contra el liberalismo, contra el socialismo, contra el nihilismo que amenazaban con destruir este hombre interior del ruso, tal y como lo había visto en Rusia.

Más aún, por el bien del pueblo Dostoievski habría estado totalmente preparado, si hubiera sido necesario, a sacrificar la autocracia y la ortodoxia. Por el contrario, la nacionalidad era, entre los tres bienes de Uvárov, lo único a lo que Dostoievski no habría renunciado jamás. Su conservadurismo, que no era social, sino popular e, incluso, estatal, pero sólo en el sentido de lo popular, encontró su conclusión, confirmación y justificación en su nacionalismo. Es cierto que Dostoievski concibió un pueblo que resultaba de transformar un carácter animal en uno ideal, místico, espiritual. Mas también este nacionalismo surgió de una vivencia que era en lo humano lo suficientemente fuerte como para ser generalizada políticamente. La compasión por el ruso se combinó con una ambición por Rusia que acabó haciendo de Dostoievski un profeta del nacionalismo. También esta experiencia la vivió con más fuerza no en Rusia, sino, tras su regreso de Siberia, durante su larga estancia en el extranjero. Por aquel entonces, creía en observaciones que se elevaban a exageraciones o casi a delirios detectando un odio y un desprecio europeos por este mismo pueblo ruso que le parecía tan valioso interiormente. ¿Qué había que hacer? «¡Lo primero y ante todo hacerse ruso!»¹¹. Sólo cuando el ruso se haya convertido conscientemente en ruso podrá cumplir el gran destino que Dostoievski le auguraba: volver a hacer hombres a los hombres y guiarlos en el espíritu de un cristianismo que, según creía, sólo se había conservado en Rusia, una humanidad total en la que los pueblos se unirían en una paz eterna.

Mas como político era un imperialista y buscaba posibilidades terrenales para este desarrollo ruso. Al privar al ruso de la fe en su historia, tanto en la Iglesia como en el zar y al privar de legitimidad cristiana a los medios políticos de poder, al ejército, Tolstói le privaba también de la fe en toda política rusa. Por el contrario, Dostoievski quería

¹⁰ Esta palabra significa en ruso «campesino» y, al mismo tiempo, «cristiano». Esta identificación de «cristiano» con «campesino» es lo que le permite a Dostoievski idealizar al campesinado ruso en tanto que lo concibe como el conservador del verdadero cristianismo (representado en la Ortodoxia) y calificarlo, en obras como *El idiota* o *Los demonios*, de «pueblo portador de Dios».

¹¹ Véase *Diario de un escritor*, enero 1877, capítulo segundo, II «En Europa no somos más que seres despreciables» (PSS 25:20-23). Todo este párrafo de Moeller van den Bruck es un fiel resumen de este importante capítulo para entender la posición de Dostoievski en relación con Europa.

preservar en el ruso la fe en su historia. Justificó la forma política que Rusia se había dado como Estado. Más aún, con el espíritu de patriota, buscó ampliar todavía más su esfera de poder. También su imperialismo sólo puede entenderse de forma conservadora, conservadora y mesiánica al mismo tiempo, a partir de una predestinación rusa, a partir de una tradición que se había transmitido desde el pasado hasta el futuro. Dejó para Europa el imperialismo económico. Para Rusia reclamó el imperialismo espiritual. No había experimentado todavía cómo el liberalismo también corrompía esta ideología y hacía de la cruzada por Bizancio una especulación de la diplomacia de Petersburgo y los empresarios de Moscú. Sólo experimentó la decepción político-militar de la Guerra de Turquía de 1877. Por aquel entonces apenas le quedaba sino la desanimada promesa a la que ya renunciaba: «Tarde o temprano Constantinopla será nuestra de nuevo»¹². Pero con otra frase, que el político dejó como legado, Dostoievski señaló al pueblo ruso la dirección de su destino natural, cuando, en el mes de su muerte, hizo el último llamamiento: «¡Hacia Asia! ¡Hacia Asia!»¹³.

La política interior de Dostoievski se ha visto hoy confirmada. Probablemente, la política exterior de Dostoievski lo será también algún día.

Traducción y anotación de Jordi Morillas

¹² Véase *Diario de un escritor*, marzo de 1877, capítulo I (PSS 25:65-74) y noviembre de 1877, capítulo III (PSS 26:82-91).

¹³ Estas palabras se hallan en uno de los apuntes de Dostoievski para el número de *Diario de un escritor*, aparecido poco después de fallecer, en 1881. La idea de la necesidad de los rusos de dirigirse hacia Asia, debido al desprecio que los europeos muestran hacia ellos, se halla expuesta en las páginas finales de este último número de enero de 1881 (PSS 27:36-37). Para una consideración moderna de esta cuestión, véase el texto de Ricardo Baeza «La misión de Rusia en Asia».